

Manual de
SUPERVIVENCIA

Manual de **SUPERVIVENCIA**

Taller dramaturgia de Estela Leñero
en el Foro Shakespeare

Autores:

Jaime Coello

Luz María Méndez

Pako Montoya

Luis Osorio

Arturo Quiroz

Ovidio Ríos

Paloma Velázquez

Bárbara Viterbo

Coordinación: Estela Leñero

Itari Marta

AGOSTO 2008

PERSONAJES y ESPACIO ESCÉNICO

Escena 1: Calle: *Afuera de El Olvido*. De Jaime Coello

Personajes: Marta y Arturo

Escena 2: Calle: *El sofá*. De Bárbara Viterbo

Personajes: Ana y Carmen

Escena 3: Panteón. *Amnesia*. De Pako Montoya

Personajes: Natalia y Gustavo

Escena 4: Habitación: *Pesadillas*. De Paloma Velázquez

Personajes: Ana y Mauricio

Escena 5: Caballeriza. *Piernas*. De Luis Osorio

Personajes: Carmen y Marlene

Escena 6: Bodega: *Urge*. De Ovidio Ríos

Personajes: Marta y Carlos

Escena 7: Azotea: *Insectos*. De Luz María Méndez

Personajes: Manco y Gustavo

Escena 8: *Línea*. De Arturo Quiroz

Personajes: Mauricio y Carmen

Afuera de El Olvido

Personajes:

MARTA (HERRERA) GRAU (35 años)

ARTURO (MARTICORENA) (24 años)

Es una callejuela tenuemente alumbrada: una avenida ancha al fondo, ideal para correr autos; de vez en vez, se escucha a lo lejos el rugido de los motores. La modesta callecita es perpendicular a ella; de un lado se encuentra la puerta trasera de un bar: El Olvido, desde su interior se escucha música y el jolgorio propio de las borracheras. En frente: una construcción de dos plantas, en la parte de abajo tiene una tintorería que emite vapor intermitentemente. En la parte alta sólo se mira un ventanal bien grande.

En la acera de la tintorería hay un automóvil estacionado con rumbo a la avenida, de la cual no se alcanza a ver la esquina debido a que el vapor forma una niebla densa al fondo y más ligera en la calleja.

ARTURO está sentado al volante del coche (su ventanilla está hecha trizas), hace un par de intentos de encender el vehículo, sin conseguirlo. Sale del coche, azota la puerta y la pateo. Camina hacia la avenida y se pierde al fondo, entre la niebla.

MARTA sale de El Olvido tambaleándose, trae en la mano una foto. Trastabilla un poco al cruzar la calle para luego encogerse junto al auto y vomitar; suelta la foto.

ARTURO regresa extraviado, con cara de no tener ni idea de en dónde se encuentra, y se detiene para contemplar la ruina en la que se encuentra la ventanilla del conductor.

ARTURO (*murmura con impotencia*).— ¡Hijos de la chingada!

ARTURO no sabe a dónde ir, se ve preocupado y haciendo un esfuerzo por recordar algo. Camina de aquí para allá sin reconocer el lugar ni el rumbo a seguir. MARTA, quien lleva un rato sentada sin vomitar, sólo tranquilizándose, lo mira desde el suelo, recargada en la defensa del coche, mueve la cabeza y se sonríe sacando una bolsita de plástico de su pantalón. Toma un poco de polvo y lo esnifa estentóreamente. La coca relumbra en medio del vapor de la tintorería antes de que la bolsita sea depositada en el suelo.

ARTURO (*sin acercarse*).— ¿No es algo indiscreto meterse eso aquí? Sobre todo sorbiendo tan fuerte, alguien... ya sabe, de los suyos... Podrían regañarla.

MARTA (*limpiándose la cara*).— ¿A ti qué te importa?, además tú qué sabes si me pueden regañar. ¿Quién me va a regañar? ¿A mi, a Marta Grau? No señor, yo soy la primera y la única en regañarme y eso por el único acto del cual soy culpable: una pequeña distracción, un instante ífimo y (*suspira*) No importa cuántas funciones portentosas se hayan brindado, cuán magníficamente se haya representado no sé cuántos papeles, cuando se comete un error cualquiera se convierte en el personaje que más odias... Sí, en asesina de lo que más se ama.

MARTA se echa a llorar, saca una botella metálica, pequeña, y una pastilla, fosforescente; acompaña el descenso de la pastilla con un gran trago. ARTURO se acerca y mira la fotografía tirada junto a ella, la toma e intenta ayudar a MARTA a levantarse, antes de que pueda tocarla es rechazado.

MARTA.— ¡No me gusta que me toquen! Y mucho menos un paparazzi como tú, ¡cabrón! ¿Qué no hablo español?, no necesito ayuda de tu ayuda, nadie puede ayudarme... Para mi todo se acabó: mi carrera, mi vida, todo... yo solita... yo fui. Me descuidé.

MARTA bebe otro gran trago, cierra la botellita y se levanta, aún sollozando.

ARTURO (*sin prestarle demasiada atención*).— Disculpe, pero esta foto... me parece conocida.

MARTA, intenta quitarle la foto, ARTURO se le resiste con lo que ella sólo consigue manotear frente a él.

ARTURO.— Tranquilícese. Es que... me parece que yo antes me relacionaba con la fotografía, de alguna manera. Bueno, eso es lo que recuerdo, y me llamó la atención la foto.

MARTA.— No te hagas pendejo, ¿cómo que eras fotógrafo? Nadie puede dejar de ser lo que es. Como si yo dejara de ser actriz porque perdí un ojo... (*Riendo*) Es lo malo, sigo siendo actriz, aunque nadie me contrate... aunque pierda mi pensión.

ARTURO (*ensimismado*).— No es que haya dejado de ser fotógrafo, no necesariamente. No recuerdo haber tomado alguna foto últimamente, ni siquiera recuerdo si tengo cámara... No se cuánto tiempo ha pasado, no sé hacia dónde debo ir, en dónde buscar... Se me figuró que la muchacha de esta fotografía se parece mucho a alguien que yo conocía, a quien amaba o ¿amo? Pero de quien no logro recordar el rostro, se me evapora.

MARTA.— ¿Quién? ¿Mi hija? Ya quisieras, ella no se parecía a nadie. A nadie.

ARTURO intenta recordar y MARTA, aprovechando su descuido, le arrebató la foto.

MARTA.— Y a todo esto qué haces merodeando la salida de El Olvido, ¿esperas ver salir a alguien? No entendiste, ¿verdad, imbécil?

ARTURO.— No, creo que no.

MARTA.— ¿Entonces qué es lo que buscas? ¿Un poco de diversión?, ¿una celebridad cometiendo un error?, ¿alguien más a quién destrozarle la vida? ¿No tienes suficiente?

ARTURO.— Tampoco, yo jamás haría algo así. (*Recordando*) Tan sólo debo cuidarla... a mi rostro de niebla. Yo sé que venían por ella.

ARTURO parece recordar mientras platica, se imagina su asesinato, parece mostrarle a MARTA, quien no disimula el poco interés que tiene, se regala un trago largo y guarda la botellita metálica. Luego, prende un cigarro y mira a su interlocutor de soslayo.

ARTURO.— Yo estaba sentado aquí en el volante, y ella en el asiento del pasajero... Y eso fue todo un show, porque ella quería manejar, nos habíamos retrasado porque me entretuve revelando unas fotos que no podían esperar... (Sonríe) Ella estaba desesperada por partir, tan bonita que no se me ocurrió otra cosa que besarla muy despacio, suavemente...

MARTA.— ¿Porqué crees que me importa? ¡Yo tengo mis propios problemas! Tengo y me sobra. ¿Viniste a burlarte de mí? ¡Deja de fingir!

Intenta golpearlo, pero ARTURO la esquiva y es perseguido alrededor del auto por un par de vueltas, MARTA se detiene cansada.

ARTURO.— ¡Contrólese, señora! ¿Porqué me voy a burlar de usted, si no puedo recordar ni mi nombre.

MARTA.— “No puedo recordar ni mi nombre”, Pinche escuincle, yo bien sé quién eres: Arturo Marticorena, un pendejo paparazzi de segunda, un oportunista que lleva días acechándome afuera de El Olvido para burlarse de mí.

ARTURO.— ¿Yo? Pero, ¿usted me conoce?

MARTA.— Claro que te conozco, cabrón. Cómo no voy a reconocer al autor de la foto que le dio la vuelta al mundo: “Marta Grau mata a su hija en imprudente choque”, era el encabezado de todos los periódicos. Y junto al titular, la foto que nos tomaste desde aquí en esa maldita esquina (*apunta hacia la avenida*). Ésta pinche foto de mierda que me persigue durante el día y durante la noche, que se ha enraizado en el único ojo que me queda... Claro que te conozco. (Se limpia la boca y prosigue) Yo fui quien dispuso que te echaran a palos del teatro del mundo.

Arturo traga saliva, está pálido.

MARTA.— Yo contraté a ese par de judiciales para que te mataran, justo aquí. Quería que murieras bajo el ventanal de tu torre de francotirador. Quería que cayera tu telón aquí mismo, en la acera de la tintorería de tus padres, a la vista de ellos y de espaldas a El Olvido.

ARTURO.— Pero, ¿pero entonces no fue Carlos? El imbécil que organiza los arrancones de la avenida. Yo creí que... porque siempre la quiso para él, a mi... *(no logra recordar)* ¿Y mi rostro de niebla?, ¿cómo está ella?, ¿dime que no le hiciste nada? Necesito verla.

Al escuchar el nombre del organizador de las carreras que se escuchan en la avenida, MARTA palidece se recarga en la portezuela del conductor, parece que va decir algo, intenta recordar lo que pasó; cuando lo logra abre grandes los ojos y se empina otro gran trago de la botellita metálica. Le evita la mirada cuando finalmente le contesta.

MARTA.— No, a ella no le hice nada, el asunto era nada más contigo, sólo te vio morir... Seguro le afectó muchísimo, después de un tiempo largo, como un mes, se casó con el comandante de los judiciales que te asesinaron... en cambio aquí, en tu amado hogar, ni el carro han lavado... *(Observa el interior del auto)* todavía hay costras de tu sangre en los asientos.

ARTURO.— ¿Pero porqué? Yo no te debía nada.

MARTA.— ¿No me debías nada? ¡Tú sacaste La Fotografía! Tú hiciste pública La Tragedia de Marta Grau, y ahora me arrebatas la posibilidad del olvido, tú que hoy entras a escena únicamente azucar mi vengaza... en contra de un organizador de carreras clandestinas, ¿verdad? Llamado Carlos...

ARTURO.— ¿Qué yo hice qué? Jamás he intentado nada así.

MARTA *(absorta en sí misma)*.— ¿Porqué no te terminas de largar y me dejas rumiar mi odio y mis culpas en paz? Pero pronto te hará compañía el tal Carlos, muy pronto.

ARTURO le quita con amabilidad la foto a MARTA, quien no se resiste. Luego se coloca junto al negocio de sus padres, observa una y otra vez hacia la foto y el panorama del fondo, la avenida.

ARTURO (*absorto en lo que ve*).— ¿Es verdad? Entonces, no venían por ella... Pero si no fue por ella... yo, no tengo motivo...

MARTA lo observa un instante con odio, levanta su botellita metálica y se prepara para golpearlo. ARTURO voltea hacia ella con la mirada ausente, vaciándose. Ella desiste, guarda la botellita y entra a El Olvido. ARTURO se levanta e intenta seguirla pero se detiene sin llegar a la puerta. Cruza la calle y toca a la puerta de la tintorería con bastante fuerza. Nadie sale. Regresa a la puerta de El Olvido, toca. Luego de esperar un momento intenta abrirla: no lo logra. Voltea a uno y otro lado, se sienta en el piso, junto a la defensa de su auto. Algo llama su atención: la bolsita de plástico que relumbra. La toma, la abre y esnifa todo el contenido. Mientras aspira, se disipa junto con la niebla de la calleja.

El sofá

de Bárbara Viterbo

Personajes

Ana María, mujer joven, dieciocho años.

Carmen, mujer joven, veinticinco años.

Al fondo la fachada de un edificio de departamentos en alguna colonia de clase media de la ciudad de México. Frente a éste, un sofá de dos plazas. En él se encuentra recostada Ana María, una chica de dieciocho años; come un Gansito al tiempo que escucha música gracias a algún dispositivo electrónico; lee un libro de cuentos de Edgar Allan Poe; trae un gorrito tipo boina jamaiquina que le tapa el pelo; la cabeza recostada en uno de los brazos del sofá. Las piernas se encuentran flexionadas y cruzadas, una de ellas la mueve de manera rítmica. Del edificio provienen los gritos de una pareja (hombre-mujer) que discute de modo acalorado. Ella retira los audífonos por un momento, al descubrir que la discusión continúa, coloca molesta los audífonos donde se encontraban.

Por la izquierda entra Carmen Saraí. Viste pantalones de mezclilla, una blusa bordada, un suéter tipo Chinconcuac y unos huaraches. Usa lentes estilo John Lennon. De su espalda cuelga una enorme mochila, y también lleva un morral que cruza su torso. Ve un tanto angustiada un papelito que trae en la mano. Mira a su alrededor, avanza hacia el lado opuesto del que entró y sale, sin haber notado la ostentosa presencia de la chica del sofá. Regresa casi de inmediato por donde salió. Ahora sí llama su atención la mujer en el sillón. La observa. Va a preguntarle algo, duda; avanza unos pasos; regresa y le sonrío dulce. Ana María no ha notado la presencia ni las acciones de la otra mujer. Carmen un tanto confundida toca el hombro de Ana. Ésta despacio y en apariencia molesta por haber sido interrumpida, se retira los audífonos.

Ana: ¿Ajá?

Carmen: Este...

Ana: ¿Decías?

Carmen: ¡Hola!

Ana: Hola.

Carmen: Estoy buscando la calle de...

Ana: ¿Vas al albergue del seguro? Es en la siguiente calle, la de allá. (*Señala frente a ella*).

Ana repara en la discusión del edificio, abre un Gansito y lo come ansiosa; coloca de nuevo los audífonos donde se encontraban y retoma la lectura. Carmen un tanto contrariada, recarga su morral en el brazo del sofá; busca algo cuando es interrumpida de manera abrupta por Ana.

Ana: (*Gritando, pues continúa con los audífonos en los oídos*). ¡Qué! ¿No encuentras el albergue?

Carmen: No, si no me he ido.

Ana: ¡Cómo!

Carmen le hace señas sugiriendo se retire los audífonos. Ana lo hace.

Carmen: Es que no voy al albergue.

Ana: Pensé, como vas tan cargada.

Carmen: Busco esta dirección. (*Le muestra el papelito que trae en la mano*).

Ana: ¡Újule! Es como siete calles para allá... (*Señala en dirección opuesta a su cabeza, es decir, atrás de ella*).

Carmen: ¿De veras?

Ana: Ajá...

Carmen: ¡Qué raro! De allá vengo...

Ana: ¿Viste que había un hospital del seguro?

Carmen: Sí.

Ana: Pues ahí es.

Carmen: ¿Ahí?

Ana: Bueno, no en el hospital, si no a un lado.

Carmen: De cualquier modo qué raro. Mi tía no me dio esas referencias.

Ana: Luego las señoras no saben dar direcciones.

Carmen: Tal vez se le pasó.

Ana: Ándale.

Carmen: Bueno, gracias.

Ana: Órale.

Esta última se coloca en la posición en la que se encontraba antes de ser interrumpida; la discusión que proviene del edificio continúa, lo cual le molesta, reacciona comiéndose otro Gansito. Carmen acomoda sus cosas para reiniciar su búsqueda. Está a punto de salir por el mismo lado por donde apareció la primera vez cuando Ana María emite un sonoro chiflido.

Ana: *(Hincada sobre el sillón en dirección a Carmen)*. ¿Oye, no quieres un Gansito?

Carmen: ¿Cómo?

Ana: Ven, te regalo un Gansito para tu viaje.

Carmen: Gracias, no me gustan.

Ana: Oye, ya lo pensé mejor.

Carmen: ¿Qué?

Ana: Ya lo pensé...

Carmen: *(Confundida)*. ¿Cómo? No entiendo.

Ana: El lugar que buscas no es donde te dije.

Carmen: ¿Ah no?

Ana: No.

Carmen: Ah. *(Molesta)*. ¿Y entonces?

Ana: El lugar que buscas es allí. *(Señala la ventana del edificio de donde proviene la discusión)*. ¿Ves?

Carmen: ¿Y ahora por qué tengo que creerte?

Ana: Porque ahí vivo yo.

Carmen: *(Emite una sonora carcajada; incrédula)*. ¿No me digas?

Ana: *(Responde con un bocado de Gansito en la boca)*. Ajá.

Carmen: ¡Estás loca! *(Comienza a caminar hacia la salida)*.

Ana se levanta del sillón y corre a alcanzarla.

Ana: No espérate, en serio, te estaba esperando. *(Pausa)*. ¡Carmen!

Carmen al escuchar su nombre se detiene sorprendida. Ana la alcanza y la detiene tomándola por una de las asas de la maleta.

Ana: ¡Discúlpame! Era una broma, prima.

Carmen: No me gustan las bromas.

Ana: *(Para romper el hielo.)* Hace tanto no nos vemos.

Carmen: ¿Tú eres Ana María?

Ana: Annabell Lee. *(Lo dice todo junto, como si no hubiera espacio entre las dos palabras: Anabely).*

Carmen: ¿Cómo?

Ana: Annabell Lee, un personaje de Poe.

Carmen: ¿Pero eres Ana María?

Ana: Sí, pero no me gusta el María.

Carmen: ¿Por qué?

Ana: ¿Eres virgen?

Carmen: *(Molesta).* ¿A qué viene esa pregunta?

Ana: ¿Sí o no? *(La observa con detenimiento).*

Carmen: *(Desconcertada).* ¿Qué me ves? ¿Es otra broma? Porque siendo así yo mejor...

Ana: *(Interrumpiéndola).* Tienes cara de que no. ¿Tú no te llamas María, o sí?

Carmen: Carmen Saraí.

Ana: ¡Claro! Lo de Carmen ya lo sabía pero pensé. ¿Qué tal si es Maricarmen, ¡Qué horror! Mi mamá me contó que te ibas a casar, y que a la mera hora te echaste pa' tras. *(Se chupa los dedos llenos de Gansito).*

Carmen: Lo que pasó fue que yo ya no esta...

Ana: *(La interrumpe abrupta).* Lo hiciste con tu güey y no te gustó, ¿verdad?

Carmen: *(Furiosa).* ¡Eso es algo que no es de tu incumbencia!

Ana: *(Con una cantinela).* ¡No te gustó, no te gustó!

Carmen: *(Controlándose).* Mira Ana María.

Ana: Anabell Lee, Anabell Lee por favor...

Carmen: *(Furiosa).* ¡Anabell o Sandybell o como te digan! Si a mi me gustaba o no como cogía mi chavo, es algo que no te importa y de lo que nunca te vas a enterar. De las razones por las que no me casé con él, tampoco. Y si vine aquí fue para buscar trabajo lejos de gente que como tú, juzga a los demás por las apariencias, y que no deja vivir. ¿Entiendes? ¡Vivir!

Ana: *(Abre un Gansito y le da una mordida).* ¿Quieres? *(Ofreciéndolo a Carmen).*

Carmen: Ya te dije que no me gustan.

Ana: No me digas que te dan asco mis babas, somos primas. Además esto no es contagioso.

Carmen: Con tanto dulce te va a dar diabetes.

Ana: De algo me he de morir ¿no?

Carmen va a sentarse en el sofá cuando es interrumpida por Ana quien da un grito de alarma.

Ana: ¡Espera! Mis Gansitos. *(Retira el cojín de esa parte del sofá que en apariencia esconde una enorme cantidad de Gansitos).* No me gustan aplastados.

Carmen: *(Sentándose, intrigada y sorprendida).* ¿Rellenaste el cojín con Gansitos?

Ana: Ajá..

Carmen: ¿Tanto te gustan?

Ana: Me encantan.

Carmen: ¿Sabes con qué están hechos?

Ana: Sí, aquí dice en la envoltura.

Carmen: Les echan harina y azúcar de la peor calidad. Eso no nutre, engorda.

Ana: ¿Y? *(Muerde su Gansito).* Mejor.

Carmen: Allá tú.

Pausa. Ana retoma la lectura del libro de cuentos de Edgar Allan Poe. Carmen se levanta y empieza a recoger sus objetos. Carmen va a decir algo cuando Ana se le adelanta.

Ana: Yo todavía soy virgen.

Carmen: *(Indiferente).* ¡Mmfh!

Ana: *(Pícaro).* ¿Por qué crees que como tantos Gansitos? Yo pura lengua, ¿no ves? Placer gastronómico. *(Al tiempo que lame con lascivia el Gansito).*

Carmen: Ana ya me voy. No le digas a tu mamá que estuve aquí. Luego vengo a visitarla.

Ana: *(Como si no hubiera escuchado lo que le ha dicho).* ¿Sabes por qué los papás católicos les ponen María a sus hijas?

Carmen la mira con una mezcla de curiosidad e impaciencia.

Ana: Lo hacen con la firme esperanza de que ningún güey se les acerque pensando que son santas.

Carmen: ¡Cómo crees!

Ana: Pues a mí no se me acercan ni las moscas. Y al paso que voy, creo que así me voy a quedar.

Carmen: ¡Estás loca! *(La mira extrañada).*

La discusión que proviene del edificio ha adquirido un tono climático, Ana reacciona ante ella abriendo un Gansito más, al querer comerlo, comienza a

vomitara sin remedio. Carmen reacciona confundida, ayudándola a limpiarse y recomponerse.

Carmen: ¿Ya viste criatura? Te hicieron daño los Gansitos.

Ana: ¡Guácala! Te pareces a mi mamá.

Carmen: ¿Por qué?

Ana: (*Exhausta*). ¡Olvídalo!

Carmen: ¿Y qué haces aquí, por qué no subes? Te sentirías mejor en tu casa

Ana: Ya llevan tres días así.

Carmen: ¿Cómo?

Ana: ¿No los oyes?

Carmen: ¿Son los que discuten?

Ana: No discuten. Se culpan.

Pausa.

Carmen: Vine en un mal momento. No le digas a tu mamá que me viste.

Ana: (*Ansiosa*). Espérate, Carmen. No te vayas, por fa. (*Pausa*). Al principio también yo creí que llegabas en un mal momento, por eso inventé lo del hospital. Pero contigo aquí se van a pasmar.

Carmen: No seas ingenua. Te pareces a mi hermana. Piensan que porque llueve con truenos o un perro ladra tres veces antes de que el zenzontle cante, las cosas van a cambiar. Eso no es cierto, la gente no cambia así como así.

Ana: Estos nunca se pelean, créeme, se van a clamar, no te azotes.

Silencio. Ana acaricia tierna el cabello de su prima.

Carmen: ¿Y tú sabes por qué pelean?

Ana se quita la boina mostrando su muy notoria falta de cabellera.

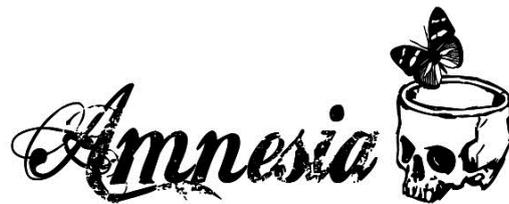
Carmen: (*Ríe incrédula*). Porque te rapaste.

Ana niega con la cabeza y vuelve a colocarse la boina.

Ana: Ellos piensan que esta chingadera es su culpa. No es culpa de nadie. Si me lo corté así, es para irme acostumbrando a mi nuevo *look*. Digo, de cualquier manera se me va a caer, ¿no?

Silencio. Ellas se miran, se sonríen. Ana comienza a cantar la canción de Radio Futura basada en el poema Annabel Lee de Edgar A. Poe. Una parvada de pájaros negros recorre el cielo. Oscuro.

Atizapán , Julio 18, 2008.



Personajes

Gustavo: Hombre de 23 años, desenfadado, de semblante agotado sin perder el porte que le ofrecen las prendas piratas que porta. Cocainómano.

Natalia: La presunción y la pose son su mejor caparazón, dolida y confundida, 17 años de exigir atención. Anoréxica.

Lugar

La escena se realiza en tiempo real en un panteón.

Natalia rodea una tumba, camina despacio, lleva consigo tulipanes rosas y morados. Se quita las finas botas de lluvia para quedar descalza. Se sienta en una esquina, junto a los floreros de la tumba.

NATALIA: Ya pasaron 3 años y la amnesia sigue, la vida nos dio un buen madrazo.

¿Desde dónde nos perdimos güey? (*quitando las hojas de la lápida mira con extrañeza*). Grabaron mal tu segundo nombre, te cagaba que lo escribieran así. (*Pausa*) Me haces mucha falta perrita.

Mira, ¿te acuerdas de estas botas?, son las que compramos en Londres. Recuerdo que todas las estúpidas tenían su fiesta de quince años y escogían al güey que les gustaba del salón como chambelán, no les importaba que fueran más chaparros que ellas y con unos barros de no mames. Así tipo que me encanta recordar el momento en el que preguntaban ¿dónde van a ser tus quince? ¡Putá! así toda mamer, les decías: (*imitando el tono*) “Natalia y yo nos vamos a Londres, preferimos irnos de viaje que bailar como pinches bellas durmientes”. Se les caía la baba a las taradas esas.

(*Natalia con la mirada perdida ríe*) Pero nada como cuándo robamos el rosario de la capilla para la clase de Fray Papilla. Güey, te pasaste de pendeja, era el que les dio el Papa a las monjas en su primera visita a México y luego lo

desmadraste para aventar las bolitas con el tubito de la pluma, me acuerdo que olían a rosas. ¡Que cagada nos pusieron!

Tenías todo, te la sabías, eras bonita, manejabas buena bubi y te traías a los güeyes enculados. Vivíamos lo mismo, pero no sentíamos lo mismo. Querías detener lo que estaba pasando: *(imitando el tono)* “¡No te hagas pendeja Natalia, sigues con tus mamadas de tomar sólo un chingo de agua con hielos! ¡Párale a tu desmadrito!” , pero creo que te fuiste sin saber la razón.

Mira *(Natalia se acerca a la tumba)* todavía uso esto *(enseña su abdomen cubierto con plástico)* así ya no se marcan tanto los huesos.

Gustavo llega con mala facha a la tumba donde está Natalia. En la bolsa superior del saco se deja ver un pañuelo con sangre. Se quita el sombrero mojado y hace una reverencia.

GUSTAVO: Mira no más, los esqueletos tienen fiesta, andan fuera de sus tumbas.

NATALIA: ¿Qué haces aquí gato?

GUSTAVO: Tranquila, tranquila mi Paris.

NATALIA: ¡Cómo no te han agarrado cabrón!

GUSTAVO: Juré que ya habías desaparecido, pensé que sólo quedaban tus purititos huesos, *(la agarra de la cintura)* bueno y la verdad es que no andaba tan perdido.

NATALIA: ¡Óyeme patán! *(le quita las manos)* ¿Vienes a chingar? ¿A burlarte de ella?

GUSTAVO: Lo mismo te pregunto a ti. ¿Por qué estás aquí?

NATALIA: Hoy cumple... *(Gustavo interrumpe)*

GUSTAVO: Eso ya lo sé. ¿Por qué estás aquí? ¿Vienes a decirle algo que no le alcanzaste a decir?

NATALIA: Estoy perdiendo mis fuerzas, *(toca la cruz de la tumba)* mi poca fe. Cada día evito más los recuerdos y la comida. Estoy en el hoyo, la extraño. Hay un chingo de cosas que no me dejan... hasta nos bajaba en los mismos días... ella me enseñó hablar con la f.

GUSTAVO: *(se ríe)* No-fo mafa-mefes. Te cuidaba mejor que tu madre ¿no?

NATALIA: (*enojada*) Ahora ya vivo con mi padre y el cabrón siempre anda en las nubes.

GUSTAVO: Es de los míos (*simulando un toque*).

NATALIA: Es piloto.

GUSTAVO: No te puedes quejar.

NATALIA: No le importo a ese vejete. No recuerda mi cumpleaños a menos que revise el acta de nacimiento.

GUSTAVO: ¡Chale! Esas son niñerías.

NATALIA: ¿Te tiene que pasar algo más culero para que el mundo piense que de verdad sufres?

GUSTAVO: (*burlón*) Lo culero es que nadie se va a poner a pensar en lo culero que te trata la vida.

NATALIA: Si ella me viera así de bajoneada, me apretaría una chichi y me diría: (*imitando el tono*) “¡Para de mamar Natalia!” (*ríe*)

GUSTAVO: (*saca su pañuelo con sangre del saco, limpia la tumba y prepara una línea de coca encima*) Ese día no quería que te metieras más de estas madres, tú le juraste que ya la habías probado un putero de veces.

NATALIA: ¡No mames güey! (*enojada sopla la línea*)

GUSTAVO: ¿Qué te pasa pinche chamaquita pendeja? (*enojado la toma de los brazos*)

NATALIA: (*retando*) ¿Qué me vas hacer?, ándale ¿qué me vas hacer? ¿pegarme? ¿matarme como a ella? (*le da dos golpes en la misma mejilla*). Respeta, no jodas con eso aquí.

GUSTAVO: Yo no la maté.

NATALIA: No te hagas pinche gato.

GUSTAVO: Deja de culparme, tú te has encargado de decir que fui yo, pero recuerda bien que no era el único que estaba ahí, así que no soy el único que está cargando a la muertita.

NATALIA: Ahora si te acuerdas de algo ¿no? No mames, ¿cómo puedes creer que yo... (*Gustavo interrumpe*)

GUSTAVO: No te hagas la mustia, los tres estábamos bien pasados. Te pedí que te largaras y ahí te quedaste, yo necesitaba explicarle como pasaron las cosas.

NATALIA: Ese cuento que le inventaste no te lo creyó. ¿Cómo no querías que se enojara? ¡Te encontró las botellitas de shampoo y los jabones del motel en su propio carro! ¿Cómo querías que se sintiera? si te lo prestó, según tú, para llevar el pedido grande. ¡Pinche jodido! ¿Ni para eso tenías?

GUSTAVO: Ella ya sospechaba esos desmadres.

NATALIA: Yo le advertí que no anduviera contigo, sabía que le ibas a provocar problemas. ¿Y ahora me quieres embarrar a mí?

GUSTAVO: Bien que le hacías mamadas, te ardías con un chingo de cosas. Te embarraste sola.

NATALIA: No te debí dejar sólo con ella, cuando se terminó la primera ahí le hubiéramos parado. Estabas como loco, me fui porque me dio miedo.

GUSTAVO: ¿Miedo de qué? ¿De lo que hiciste? Cuando regresé del baño ya no estabas, pero yo ya había valido madres, ese viaje me llevó muy lejos y cuando desperté ella ya estaba tiesa. No sé que pasó. Ni quién fue. No sé si pedirle perdón, no sé si debí entregarme, pude haber soltado la sopa y decir que no fui el único que le pudo haber hecho esta chingadera. ¡Dime! ya que estamos otra vez los tres juntos porque no me dices ¿qué debí haber hecho Natalia?

Natalia toma el sombrero de Gustavo, lo sacude y se lo pone. Coloca los tulipanes en el florero.

NATALIA: Debiste haber bajado esas chingaderas del carro cuando fuimos a ese motel con espejos por todas partes. *(Asiente)* Eso hubieras hecho.

FIN DE LA ESCENA.

PESADILLAS

Paloma Velázquez

PERSONAJES:

Mauricio.- 30 años, profesor de educación física.

Ana.- 18 años, enferma terminal de cáncer, le gustan los gansitos.

Voz en off de la madre de Mauricio

Voz en off de Mauricio niño.

Escenario dividido en dos áreas: un espacio estará prácticamente vacío, si acaso una o dos sillas y será nido de las alucinaciones de Mauricio; en la otra área, una sala.

ESCENA ÚNICA

Al son de una marcha deportiva, aparecerá en escena Mauricio, escenario totalmente iluminado, vestido con pants, y despidiéndose de sus alumnos realizando movimientos gimnásticos. Se escuchará una algarabía ajena a él, ruidos de jóvenes, platicas, risas, todo ajeno a Mauricio. Se cambiará el pants por una pijama, denotando en cada uno de sus movimientos su obsesión por el orden y la limpieza. Ya cambiado se escucharán golpes en la puerta.

MAURICIO.- Un momento, voy. ¿Quién es?

ANA.- Soy yo, Ana, ¡ábreme!

MAURICIO.- (Abriendo la puerta) ¿Qué no es un poco tarde?

ANA.- ¡Oh! No me regañes, además apenas son las diez de la noche, y vengo a que celebremos mi cumpleaños.

MAURICIO.- ¡Pero si fue la semana pasada! Me acuerdo que comimos como cien gansitos.

ANA.- ¿Y qué? ¿No puedo celebrar por adelantado con mi psicópata preferido?
Esta vez celebraremos para variar con otros gansitos y en... ta, ta, ta, tan,
¿Qué te parece en un antro?

MAURICIO.- Claro que no, ya estoy muy viejo para ir a antros, y tu muy chavita para corromperte en ellos.

ANA.- Anda no seas así, sola no me atrevo a ir y no me voy a morir sin conocer alguno.

MAURICIO.- ¿Y a qué hora es el evento de tu muerte? Porque ya debes tenerlo todo planeado ¿verdad?

ANA.- Tu sabes a que me refiero, hoy me siento bastante bien, no tomé alguna de mis cientos de píldoras, así que me puedo echar unos tequilas sin peligro ¡anda!, vamos por favor, hazlo por la mejor de tus amigas, ¿sí?

MAURICIO.- Tu eres mi única amiga, y porque lo eres no te voy a llevar a un lugar tan sórdido.

ANA.- ¿Y cómo sabes que son sórdidos? ¿No dices que no has ido a ninguno?

MAURICIO.- Bueno, me han dicho... además te tengo una sorpresa, ¿Qué libro has buscado y no habías encontrado?

ANA.- No, Mau, no me digas, ¿lo encontraste? ¿El de pasta dura? ¿De veras Mau? No puede ser, déjame verlo, anda déjame verlo.

MAURICIO.- Sólo si olvidas esa tontería del antro, y dejas de llamarme Mau.

ANA.- No es justo, pero está bien “por esta noche” voy a olvidar el antro, pero mañana quien sabe he! Mauricio, venga el tesoro.

Mauricio saca de un cajón una bolsa de papel bien doblada de los extremos y puntas, saca de dentro un libro, se lo da, sale de escena con la jarra y regresa con la misma llena de agua.

MAURICIO.- ¿Como te pueden gustar?, son cuentos horribles, si los leo en la noche seguro tengo pesadillas. Por su culpa haces esos dibujos tan raros.

ANA.- ¿Te parecen raros? Son expresiones de mi alma, de mis miedos.

MAURICIO.- Después de leer eso... claro que debes tener miedo, y si además piensas en el cáncer pues... perdón, no debí haber dicho eso.

ANA.- No, no te disculpes, además... es la verdad, pero aunque no lo creas, esos

“cuentos” me parecen hermosos, Edgar Allan Poe y sus historias me alejan de terrores verdaderos, ¿quieres que te lea algo?

MAURICIO.- No gracias, ya tengo con mis propias pesadillas, no necesito ayuda.

ANA.- Tal vez, sólo tal vez, escucharlo ahuyente tus temores, y puedas dormir tranquilo.

MAURICIO.- Yo nunca dormiré tranquilo, cuando creo que voy a hacerlo... sueño con ellas.

ANA.- ¿Ves lo que te digo? Esos... son terrores verdaderos. ¿A quién sueñas más? ¿A ella ó a tu abuela?

MAURICIO.- A las dos, a una rodeada de fuego y a la otra con ese olor nauseabundo. A veces cuando despierto siento la ropa impregnada de ese maldito olor, mezcla de agua con grasa y pellejos.

ANA.- Por eso no te gustan los caldos ni las sopas ¿verdad?

MAURICIO.- Detesto esa pestilencia de la carne cuando se está cosiendo, de ser algo vibrante, tentador, perfumado... se convierte en un potaje apestoso y vomitivo.

ANA.- Desde que supe que tengo los minutos contados, he procurado probar de todo, saborear cada alimento con detenimiento y hasta con sensualidad, es tan excitante cortar la carne, masticarla, trozar el pan, convertirlo en una pasta nutritiva y pastosa.

MAURICIO.- Caramba, mañana te tienes que ir a confesar, mira nada más la chica católica, la sensualidad es un pecado.

ANA.- Cállate, pecado es no querer a tu madre y decir cosas tan raras de tu abuelita.

MAURICIO.- Pero no es que no la quiera, es que la odio con cada fibra de mi ser, además no conjures a mi madre, se nos puede aparecer, y eso sí...

Estando Mauricio de espalda, Ana se transformara de pronto casi gritando.

ANA(madre).- ¡Así que me odias!, pero no odiabas lo que te tragabas cada día, ¿verdad cabrón? desgraciado, como puedes hablar así de mí, de la mujer que estuvo a punto de morir cuando naciste, malagradecido, por eso nadie te quiere, todos se ríen de ti, hasta esta perra flaca y moribunda, ¿ya la

viste?, es puro pellejo, sin carne que puedas tocar, que puedas... cortar, no sirve, no sirve, ¡búscate otra!, búscate otra...

Al voltear Mauricio, Ana vuelve a su tono y personalidad.

ANA.- ... y tienes razón, hay ocasiones en que la verdad si me da escalofrió.

MAURICIO.- (*Desconcertado*) ¡Me da terror!

ANA.- ¡Uffff! Verás la historia del corazón, en particular me altera un poco, no puedo más que escuchar el mío.

MAURICIO.- ¿El tuyo?

ANA.- Mi corazón claro, después de todo es el corazón del asesino quien lo delata...

Atenuándose la luz, ella continuará su hablando oscilando el volumen de su voz e intercalándose: su voz, la voz en off de Mauricio y de la madre, estas voces parecerán que vienen del área vacía, Mauricio caminara lento y temeroso hacia allá.

MAURICIO(voz).- No recuerdo mi infancia mamá, si los niños fuesen viento y fuego, y me lanzaras A la hoguera frente a la multitud...

ANA.- seguro fueron sus culpas las que tomaron forma de sonido ¿no crees? Porque...

MADRE (voz).- Maldito escuincle, no eres nada, no tienes recuerdos porque no eres nada ni nadie búscate una mujer, cástate para que aprendas a...

MAURICIO(voz).- No mamá, no me gustan las novias, no me gusta ella, no me gusta ella, ni él, ni ella, no me gustan, me disgustan.

ANA.- ...porque aunque crean que nadie sabe, sabes tu y la conciencia puede gritarte aunque sólo tu la escuches...

MAURICIO(voz).-Pero si me gusta, si me gusta la carne, la carne roja, me excita como le excita a la gente viva y a la gente muerta.. su olor, su sangre, su color sin piel, roja, roja de sangre.

MADRE (voz).- ¡Carajo escuincle, te voy a sacar el diablo a palos, te voy a educar aunque tenga que matarte, oíste, oíste, que me contestes te digo!

Mauricio saldrá casi huyendo hacia el área amueblada.

MAURICIO.- Ya, ya, déjame en paz, me has arruinado la vida, maldita seas, pero ya no, ya no, Déjame en paz, desaparece ya maldita vieja desgraciada, desaparece ya.

Asustado, buscará en el techo dándole la espalda a Ana, quien se volverá a transformar.

ANA(madre).- No hijo, que te pasa, no ves que soy tu madre (*falsamente suave y dulce*) Soy quien te dio la vida, arrepíentete (*de nuevo a gritos*) esta perra flaca te está alterando, te estás volviendo loco, cógetela, córtala, corta lo que tiene de carne, gózala.

Correrá asustado, Mauricio intentará gritar haciendo muecas sin sonido alguno, la risa de su madre se oirá ahogada sólo un poco por la música, tapándose los oídos caminará como ebrio hacia el área vacía,

ANA.- Oye Mau, nunca te he preguntado ¿Qué le paso a tu mamá?, ¿esta viva... o muerta?

Mauricio esáa en shock, de pronto y casi bailando al son de la música de fondo, tomará la jarra de cristal, rompiéndola en la cabeza de Ana, se oirán casi al unísono los gritos de ella y la madre. De pronto un silencio absoluto.

MAURICIO.- No mas imágenes atroces, no más risas siniestras, no mas gritos, no más pesadillas, se acabo, acabe con mi condena, soy libre, soy libre, madre, no me gritarás más, ni tú te reirás maldita puta, ni tú... te crearás mi dueña, SOY LIBRE, SOY LIBRE.

FIN.

“PIERNAS”

De Luis Osorio

MARLENE LIPRANDI: Mujer, clase alta, treinta y tres años, coqueta, prepotente y sin escrúpulos; soltera, sin pareja ni hijos.

CARMEN SARAHI LOPEZ: Mujer clase media, veinticinco años, provinciana, veterinaria.

Época actual, vestíbulo de casa de campo, un sillón de jardín, puerta del lado derecho, un tapete, algunos adornos, al fondo un ventanal por el que se ve el campo.

Entra Marlene por la derecha, en traje de montar con un fute en la mano, despeinada y llena de polvo, muy molesta se sacude.

MARLENE: No puedo creerlo, jamás me había sucedido, soy una excelente amazona y “piernas” es el mejor caballo del mundo y sin embargo, me tiró. Por suerte sólo fue un pequeño golpe, pero pude haber muerto, yo Marlene Liprandi, ¡pude haber muerto!

Pero seguramente todo es culpa de esa estúpida de Carmenza, pero me va a oír, me va a oír. (*Gritando*) ¡Carmen! ¡Carmen! (*Medita*). Lo extraño es que en ese momento sólo pensé en Jhonny. Jhonny, lástima que no estuvieras a mi altura, pero ¿Por qué no puedo olvidar tus besos? tus manos recorriéndome, oh Jhonny. (*Haciendo muecas, acariciándose y gimiendo*) Oh sí, Jhonny, Jhonny, así, así, baby.

Entra Carmen por la derecha sorprendiendo a Marlene, Carmen viste una bata sucia, llena de lodo proveniente del su trabajo con los animales. Entra.

CARMEN: ¿Marlene? ¿Me llamaste?

MARLENE: (*Disimulando su bochorno*) ¿Eh? ¿Qué si te llame? (*recomponiéndose*)

hace media hora, entra...

CARMEN: Media hora, Ay que exageradita. Dime ¿Qué se te atoró?

MARLENE: ¿Cómo?

CARMEN: Que, ¿Qué se te ofrece, querida pariente?

MARLENE: Antes que nada suavízame tu tono, y no me llames pariente. Ahora dime,

¿Qué le hiciste a “piernas”? sufrimos un gravísimo accidente.

CARMEN: (*Burlona*) ¡Jesús mil veces! A ver, cuenta, cuenta...

MARLENE: Se le doblaron las piernas y me tiró.

CARMEN: Pensaría que ya no sirves.

MARLENE: Ahora te haces la graciosa.

CARMEN: Perdón, lo que quiero decir es que “Patatas”, digo “piernas”, jamás te haría

daño, él te quiere mucho, no se por qué, pero te quiere mucho.

MARLENE: Y sigues con tus “graciosadas” ¿No se te hace mucha casualidad que

jamás, óyelo bien, jamás me había tirado caballo alguno? Y nada mas llegas tú y

“Piernas”, mi caballo consentido lo hace.

CARMEN: No lo se, los últimos días ha estado raro, tal ves esté en celo, aunque

estando cerca de ti lo dudo.

MARLENE: ¿Qué quieres decir?

CARMEN: Nada, nada.

MARLENE: Te voy a decir una cosa chamaquita estúpida, no abuses porque eres mi

pariente, o eso dice el viejo, digo, mi querido Papi. Aquí sirves o te me largas,

seguramente “Piernas” está mal alimentado, por eso al montarlo se le doblaron

sus piernitas.

CARMEN: ¿No sería por el peso?

MARLENE: ¿Qué insinúas babosa?

CARMEN: Digo, por el peso de los años, ya no es un potrillo, además, perdóname que

te lo diga pero está tan amolado que parece que lo compraste en “la Marquesa”.

MARLENE: ¿Tú qué sabes? lo compré en Monte Carlo.

CARMEN: A de ver sido en el Monte de piedad, porque, pobrecito...

MARLENE: No digas estupideces, Piernas es el mejor caballo del mundo, está listo

para ganar la triple corona, el Handicap de las Américas o cualquier carrera.

CARMEN: Anda tú, ¿a poco es el moro de cumpas?

MARLENE: Tú siempre tan ordinaria, has de saber que he recibido varias ofertas por “Piernas”.

CARMEN: ¿De qué rastro?

Marlene camina alrededor de Carmen observándola. Ésta se muestra incómoda.

CARMEN: Ora ¿tú qué traes?

MARLENE: ¿No habrás sido tú quien provocó este accidente para deshacerte de mí?

CARMEN: Ay Marlene ¿Cómo crees? (*Irónica*) ¿Acaso tengo yo algún motivo para desearte mal?

MARLENE: ¿Qué se yo? Envidia, coraje, o tal vez, por mi herencia, ya que no estando yo, al morir el viejo, cualquier pariente, incluyéndote a ti y a tu sarnosa familia, podría reclamar su parte.

CARMEN: Pues no lo sabía, pero gracias por la información. Siempre es bueno saber esas cosas.

MARLENE: ¡Mientes! aparte de corriente y sin clase ahora resultas mentirosa. Por eso te abandonaron casi a la entrada de la iglesia.

CARMEN: Eso no es cierto, yo fui quien rompió el compromiso... Me puso el cuerno y eso se puede tolerar.

MARLENE: Peor aun, nada más mírate, te cambiaron por otra, se ve que aun te duele mucho. ¡Pobrecita!

MARLENE: ¿Y cual fue tu reacción? Seguramente lo cacheteaste, ay, eso es tan común con las de tu clase, moriría por ver la escena.

CARMEN: Pues que lástima que no estuviste ahí.

MARLENE: (*Burlona*) Me das lástima Carmenza.

CARMEN: Si, pero por lo menos yo he estado comprometida y a punto de casarme, no que otras...

MARLENE: ¡Bah! si yo no me he casado, no ha sido por falta de oportunidades, simplemente nadie ha tenido los atributos necesarios para merecerme.

CARMEN: Claro, y se te pasó la edad de merecer.

MARLENE: Di lo que quieras, pero por lo menos yo no estoy como tú, llorando por los rincones, no eres mas que una tonta, imagínate, poner todas tus ilusiones en un hombre, cuando todos son basura.

CARMEN: Y tu muriéndote por ser pepenador.

MARLENE: Falso, jamás he necesitado a un hombre en mi vida, Yo prefiero a mis caballos: Son más fuertes, más interesantes, más inteligentes.

CARMEN: Bueno eso sí.

MARLENE: ¿Has visto correr a un caballo con toda su fuerza? ¿Con todos sus músculos trabajando? ¿Viril, incontenible?

CARMEN: Supongo que tienes razón, pero hay cosas que con un caballo no se pueden hacer, aunque conociendo tu desesperación se puede creer cualquier cosa.

MARLENE: No digas tonterías, piénsalo, los caballos son mucho mejores, y al igual que los hombres puedes dominarlos con una sola mano o simplemente apretando las piernas.

CARMEN: Lo malo es que tú sólo sabes abrirlas.

MARLENE: Eres imposible, ya me cansaste, dime una cosa. ¿Quieres saber con quien se acostó tu galán una semana antes de tu gran boda? ¿Con quién te puso el cuerno? (*Pausa tensa*) Conmigo, reina conmigo, con Marlene Liprandi. .

CARMEN (*La observa y medita*): Ya lo sabía.

MARLENE: Mientes otra vez.

CARMEN: ¿Por qué crees que estoy aquí? Quería saber por que clase de araña, Juanito echó por la borda nuestro futuro. Y ahora que te veo, me decepciono más de Juanito, no me explico qué te vio, a menos que le hayas pagado.

MARLENE: ¿Un BMW se considera un pago?

CARMEN: Eres una... una...

MARLENE: Bueno, hizo bien su trabajo. ¿No?

CARMEN: Me das lástima, eres una fracasada.

Carmen intenta salir, pero Marlene la detiene del brazo.

MARLENE: ¿Fracasada yo? Debes saber que en el mundo empresarial soy conocida como la gallina de los huevos de oro.

CARMEN: Será por ponedora.

MARLENE: Imbécil.

CARMEN: Bueno en algo tienes razón, tienes “chichis” de gallina, cintura de gallina, patas de gallina...

MARLENE: Me mata tu humor campirano.

CARMEN: Házmela buena.

MARLENE: Ja, ja, ja. Admite que me tienes envidia, tú perdiste y yo gané.

CARMEN: ¿Y qué ganaste exactamente? ¿Un revolcón? ¿Uno más? Mírate, ni como amante sirves, eres vieja, ridícula, ay si, toda “fashion” busca y busca en las tiendas por que nada te queda ya. Baile que baile en los antros de moda, criticada por los jovencitos que si buscan acostarse contigo es porque sales más barata que una puta, eres como un aguacate caído en el suelo, te pudres antes de madurar y sólo vas a servir para los gusanos.

MARLENE: Te quité a Jhonny.

CARMEN: Juanito, se llama Juanito... en fin, ya no hay por que discutir, para ti era Jhonny, para mi Juanito y para ambas está perdido...

MARLENE: A mí jamás me interesó, sólo fue un juego.

CARMEN: Si tu lo dices, aunque ¿no sería verdaderamente cómico que te hubieras enamorado de él?

MARLENE: (*TURBADA*) Ya me aburríste, me voy...

Marlene intenta salir, pero Carmen la detiene.

CARMEN: No Marlene, no ganaste, no ganaste nada y ahora estas ahí, tratando de huir, temblando de miedo.

MARLENE: Ja, ja ¿Miedo de tí?

CARMEN: De mí no, de la verdad, te veo ahora y me pareces como un ratoncito de laboratorio, esos que en la facultad les jalábamos la cola (*hace la seña*) y “crac”, se morían. Sería gracioso que tú murieras así, tantos te han agarrado la cola, cuídate qué ninguno te la jale.

MARLENE: Vulgar.

CARMEN: Me preguntaba ¿cómo un ser tan miserable como tú? podía querer tanto a un caballo, ahora lo entiendo, “Patatas” o “Piernas” es el único ser en el mundo que aparentemente te quiere, aunque debería odiarte por ponerle nombre de cabaretera, “piernas”, por favor.

MARLENE: Con él no te metas, ya verás como algún día será muy famoso.

CARMEN: Sueñas, es mas fácil que tú encuentres marido a que el gane siquiera una parejera con un burro, pero consévalo, será buena compañía ambos se parecen mucho, son mal educados.

MARLENE: Con carácter.

CARMEN: Viejos.

MARLENE: Interesantemente maduros.

CARMEN: Vanidosos.

MARLENE: Seguros de sí mismos.

CARMEN: Y súper mamones.

MARLENE: Ahorita mismo voy con mi papi para que te ponga de patitas en la calle, no tengo por que soportar tus idioteces. (*Sale muy molesta por la izquierda*).

CARMEN: (*Gritándole*) Si anda córrele, ay Marlene, Marlene, a pesar de tu estupidez en algo tienes razón, los caballos, son muy hermosos, (*Saca una jeringa de su bata y la observa*) lástima que sufran tantos accidentes... (*Gritando*) ¡Ven! ¡Piernas! ¡Es hora de tu inyección! ¡Piernas! ¡Piernas! ¡Patitas!...

Sale por donde entró....

FIN

URGE

Escena escrita por Ovidio Ríos para los estudiantes de actuación del Foro Shakespeare

Personajes

Carlos. *Empresario de arrancones y peleas callejeras.*

Martha. *Actriz tuerta y desempleada.*

Escenografía

En una bodega de una refaccionaria. Hay un escritorio y un teléfono. En las paredes hay posters de autos y uno de Martha cuando iniciaba su carrera de actriz.

Carlos cuenta un fajo de billetes. Suena el teléfono de su escritorio. Contesta. Guarda el dinero.

Carlos *(al teléfono):* ¿Cuánto apuestas?

¿Qué pasó brother? Pensé que no querías saber nada de mí.

¿Para qué día quieres la pelea?

Ése día no se va a poder.

Tenemos la carrera del Fitipaldi.

Tengo libre dentro de un mes.

¿Quieres la estelar? No mames. No se puede.

Entra Martha visiblemente borracha. Viste; medias negras, minifalda, una blusa con escote pronunciado y unas gafas oscuras. Trae su bolso al hombro y un folder en las manos.

Martha *(a Carlos):* Buenos días.

Carlos la ve de reojo y se levanta de su silla para darle la espalda.

Carlos (*al teléfono*):

Hoy corre el Senna. Pónle un diente y te doy la estelar dentro de un mes.

Te la consigo contra el Guamas.

Sirve que en un mes se te baja la peda.

Martha (*insiste a Carlos*): Buenos días.

Carlos (*al teléfono*): Hasta por teléfono hueles a borracho.

Martha se voltea y saca de su bolso unos chicles. Se mete uno a la boca.

Carlos (*al teléfono*): Ya vez que ahora los teléfonos hasta traen detector de mentiras.

Martha come más chicles.

Carlos (*al teléfono*): Ya quedamos.

Carlos cuelga el teléfono. Se sienta y anota en su agenda. Ignora a Martha.

Martha (*insistente, a Carlos*): Dije buenos días.

Carlos (*a Martha sólo ve sus piernas*). ¿Usted fue la que llamó?

Martha: Sí.

Carlos: Qué bueno que vino rápido porque me urge una asistente.

Martha: Tomé un taxi para llegar.

Suena el celular de Carlos, contesta la llamada.

Carlos: ¿Cuánto apuestas?

¿Mamá?

No. Cómo crees. Era una broma.

¿Cómo que dónde estoy?

Estoy en la escuela.

(*Finge.*)¿Bueno? ¿Mamá? Creo que hay interferencia, luego te llamo.

(*Cuelga.*)

Martha: Eso no se hace.

Carlos (*fija su mirada en su agenda*): ¿Trae sus papeles?

Martha: ¿Papeles?

Carlos (*fastidiado*): ¡Su curriculum!

Martha le pone el folder sobre su escritorio. Carlos termina de anotar, toma el folder y lo abre. Vuelve a sonar su celular. Corta de nuevo la llamada.

Martha (*nerviosa*): No puse mi foto porque no lo creí necesario.

Carlos (*viendo el curriculum*): ¿No ha tenido empleos anteriores?

Ah, es viuda.

¡Treinta años!

Martha: No. Si...

No.

Carlos: ¿Cómo que no?

Martha: Es que las mujeres siempre nos quitamos la edad. En realidad tengo treinta y cinco. ¡Pero no lo divulgue! ¿Estará de acuerdo que no lo puedo poner en papel?

Carlos (*cierra el folder*): ¡Tiene el empleo!

Martha: ¿En serio? ¿Desde cuándo empiezo?

Carlos: Desde ahorita. Firme aquí. (*Saca el contrato de un cajón y se lo acerca.*)

Martha (*se quita las gafas y firma*): ¡No sabe cómo le agradezco la confianza!

Carlos (*espantado*): ¡Ah chinga!

Martha (*voltea a buscar el motivo de su asombro*): ¿Qué pasó? ¿Vio un fantasma?

Carlos (*enojado*): ¿Por qué no me dijo que usted era...?

Martha (*lo interrumpe*): ¿Qué?

Carlos: Era...

Martha: ¿Ebria?

Carlos: ¡No!

Martha: ¿Drogadicta?

Carlos: ¡No!

Martha: ¡Putra madre!

Carlos: ¡No!

¡Por qué no me dijo que era tuerta!

Martha: ¿Tuerta yo?

¡Ah sí!

Pero nomás de un ojo...

Carlos: ¿Se le hace poco?

Martha: Si fuera de los dos estaría peor.

Carlos (*toma el folder y se lo regresa*): Usted me va a disculpar pero no la puedo contratar.

Martha: No. Me va a disculpar a mí, ahora me va a tener que despedir. Usted ya me había contratado. Y si me despide por ser tuerta, sería discriminación y yo lo voy a demandar por eso. ¿Entendió?

Carlos: No señorita...

Martha (*indignada*): ¡Señora por favor!
¡Que mi trabajo me costó!

Carlos: Mire señora. Usted no firmó ningún contrato. Además, no cubre el perfil que solicitamos y por si fuera poco... ha mentido en su solicitud de empleo. Ahí dice que tiene treinta años y ha confesado tener treinta y cinco.

Martha: ¡Yo vine aquí por el anuncio! (*Martha saca el periódico de su bolso y se lo muestra.*) ¿Qué dice aquí?

Carlos: URGE MUJER ATRACTIVA PARA LABORES DE SECRETARIA PERSONAL CAPAZ DE CERRARLE UN OJO A SU JEFE.

Martha: ¡Y yo lo tengo cerrado permanentemente!
Además... ¿No le parezco atractiva?

Carlos: Mire. No se ofenda. Pero esto es una empresa seria. No contratamos tuertos, ciegos ni sordomudos.

Martha: ¡Que puede tener de serio esta oficinita!

Carlos: Además, viene usted borracha.

Martha: ¡A mí nadie me dice borracha!
¡Usted me dijo que llegara enseguida!
¡Ni en la tele se ponían tan payasos con el alcohol!

Carlos: ¡Claro!
¡Ya decía que la conocía de algún lado! (*Suena nuevamente su celular y bloquea la llamada.*) ¡Eres Martha la borracha!

Martha: ¡Qué a mí nadie me dice borracha!

Carlos: ¡Perdóname! No quise insultarte. Pero te ves tan distinta sin ojo.

Martha: ¡Todo se ve muy distinto sin un ojo!

Carlos: ¡Pero tú no tienes por qué pedir empleos en este cuchitril!

Martha (*saca una botella de mezcal de su bolsa y empieza a beber*): Ya nadie me contrata.

Dicen que mi hija se aparece por el foro para jalarme las patas.

¡Si tan sólo no hubiera ido ebria ese día!

Carlos: No seas tan dura contigo.

En la tele dijeron que no fue tu culpa.

Además, no tomes mezcal... ¡qué va a decir la gente! (*Saca unas pastillas del cajón de su escritorio.*) Tómate esto. Te va a levantar.

Martha (*enojada, se las toma*). ¡En la tele dicen puras mentiras!

Carlos: Si te consuela de algo, te doy el empleo...

Martha (*tranquila*): Querrá decir que me lo regresa...

Y... ¿qué tengo que hacer?

Suena el teléfono de su oficina. Carlos toma el teléfono y se lo acerca a Martha.

Martha (*al teléfono*): ¿Cuánto apuestas?

¿Con quien?

(*Tapa la bocina, le pregunta a Carlos*) ¿Es usted Charlie?

Carlos le hace señas de negación, cuelga el teléfono y sale.

Martha: Así que usted es Carlos. ¡Carlos! ...Te vas a ir a la mierda, Carlos.

Oscuro abrupto

FIN

Lunes, 21 de Julio de 2008.

INSECTOS

Luz María Méndez A.

Lugar

Azotea edificio viejo: Cuartos, tendederos, triques. Altar a la Santa Muerte.

Tiempo

Presente. Media Noche.

Personajes

MANCO, Manco, desfigurado de media cara. Busca venganza, amargado, habitado por un odio profundo.

GUSTAVO, Cocainómano. Tiene el tic de tocarse la nariz continuamente y resoplar.

GUSTAVO EN OFF: *(Tose, se suena, arroja un esputo) ¡Ora sí ya chingué a mi madre! (desde uno de los cuartos hace ruidos, avienta cosas, abre la puerta y aparece en la azotea.)*

Gustavo en la azotea. Luz de luna y resplandor de la calle. Trae un pañuelo blanco en la mano con el que se cubre la nariz y al retirarlo se ve sangre.

GUSTAVO: *(Al ver el pañuelo) ¡Vale verga! (Guarda el pañuelo en su bolsillo. Enciende un cigarro y fuma viendo hacia la calle, pensativo)*

Entra al cuarto momentáneamente y vuelve con una veladora que coloca frente al altar de la Santa Muerte. Se peina el pelo con saliva. Se limpia las manos en los bolsillos traseros de su pantalón. Enciende la veladora y en cuclillas reza con la cabeza agachada entre las piernas. Solloza.

MANCO: *(Sale del otro cuarto y se recarga en la barda y fuma. Observa a Gustavo por un momento) ¿Qué? ¿Brujería?*

GUSTAVO: *(Levantando la cabeza, con rabia, pero sin voltear a ver a Manco) ¡Un poco de respeto, cabrón!*

MANCO: *(Sarcástico, burlón y despectivo) ¡Respeto! ¡Hazme el favor! ¡¿Por esa imagen del demonio?!*

GUSTAVO: (*Levantándose violentamente y retando a Manco de frente*) ¡Respetar la fe, cabrón! ¡A la reina del mundo que nos hace a todos iguales! ¡O a mí, pues! ¡Pinche manco, hijo de tu puta madre! (*Se limpia la nariz, tiene sangre otra vez*)

MANCO: (*Se da cuenta de la sangre*) Ya, ya, ya... tranquilo, mi monje loco, rézale a tu santita, si yo nomás te quería buscar la plástica... además no te vaya a castigar por pegarle a un pobre discapacitado.

GUSTAVO: La niña no castiga. Y menos por defenderla de discapacitados prepotentes. Ella protege a los jodidos.

MANCO: ¡Ahora veo por qué le tienes tanta fe! ¡Estás bien jodido! (*Ríe*)

GUSTAVO: ¿Y tú qué? ¿Muy catrín? No te hagas, nomás vete: la cara cortada, manco y viviendo en el mismo “pentjau” que el “monje loco” ¡Chale carnal! Una chinche de la alta sociedad venida a menos, cucaracha de azotea diciendo (*Con voz burlona y gesto afeminado*) “Ay sí, que jodido estás tú, manito”

MANCO: (*Con profunda amargura*) Sí, estamos jodidos. Todos. El mundo está jodido: tu madre y la mía; y Dios y la Virgen, el Diablo, tu Santísima Flaca y toda la puta corte celestial de santos, ángeles y querubines... ¡Farsantes!

GUSTAVO: (*Pausa*) ¿No crees en Dios?

MANCO: (*Pausa*) Creía.

GUSTAVO: ¿Y? ¿Ya no?

MANCO: (*Pausa*). Ya no. Ya no creo en nada ni en nadie... y menos si presume de divino... o de humano...

GUSTAVO: ¿Y entonces qué? Pus ya ¿No? ¡Llégale entonces! (*Con un gesto simula que lo va a tirar a la calle*)

MANCO: Sí, ya pronto te aseguro que le voy a llegar, pero antes tengo una cuenta que cobrar...

GUSTAVO: ¿Mucha lana?

MANCO: No. Se trata de matar al infeliz que me jodió la vida. Le dicen “La Araña”.

GUSTAVO: ¿La Araña? ¡Eso sí que está cagado! Cuando te vi llegar aquí a vivir a la azotea pensé que eras de esos que vienen a echar insecticida y ve... ¡Que buen ojo tengo! (*Ríe*). Oye, nomás no vayas a creer que mi buen ojo es “instinto arácnido” y

que yo soy el villano de tu libro vaquero (*Ríe hasta que se interrumpe de nuevo por la sangre en la nariz. Disimula*) ¿No seré yo la araña que buscas, verdad?

MANCO: Tú eres un pobre pinche piojo, muriéndote por idiota, por meterte el veneno que “La Araña” vende a millones de imbéciles como tú que le ayudan a hacer cada vez más grande su red de muerte.

GUSTAVO: ¡Ah chingá! ¿A qué viene tanta mochería? (*Persignándose y sobreactuando conforme a lo que dice burlándose agria y obscenamente*) ¿No que muy ateo? Ora resulta que eres her-manquita de la caridad y que no te metes ni un rompo-pito de vez en cuando. O no me digas que eres el superman superstar y me vienes a salvar del vicio...

MANCO: Por mí ¡Púdrete pendejo!

Silencio. Manco le vuelve la espalda a Gustavo y fuma viendo hacia la calle. Lloro en voz baja. Gustavo se acerca de nuevo al altar y voltea a ver a Manco continuamente queriendo retomar la conversación.

GUSTAVO: (*Se da cuenta que Manco sufre e intenta crear un lazo de simpatía*) A lo mejor la Santa nos puede echar una mano. (*Manco no voltea. Pausa*). ¿Sabes? ...mi novia... un día amaneció muerta...

MANCO: (*Voltea, sorprendido, respondiendo al lazo de confianza tirado por Gustavo. Pausa*) ¿Qué pasó? ¿La mataron?

GUSTAVO: Parece, no sé, a lo mejor se pasó “de las rayas”... era una clienta, bueno, ya sabes, de esas chavas fresas que no comen más que hielos pa estar flacas... le puse el cuerno con su amiga y... bueno, no sé, la cosa es que me andan queriendo echar la culpa, aunque yo no me acuerdo de nada cabrón... (*Se rasca la cabeza confundido*)

MANCO: Te encantan las flacas.

GUSTAVO: Pus sí, pero ora le rezo a la Niña, pa’ que ya se olviden de mí los judas y pueda yo volver a vender las grapas... (*Justificándose*) de eso vivo, es mi chamba... ya se me está acabando lo que tenía en el cochinito...

MANCO: *(Pausa)* A mi esposa y a mi hijo los mataron frente a mí.

GUSTAVO: *(Se acerca y le pone una mano en el hombro)* ¡Qué gacho, carnal!

MANCO: *(Se quiebra)* Nos secuestraron unos narcos, cabrón. Mi hijo estaba chiquito...
(Le interrumpe con llanto)

GUSTAVO: *(Pausa)* Con razón... tienes tanto pedo con Dios... *(Pausa)* ...pero la Santa...

MANCO: *(Interrumpe, recomponiéndose, tratando de bromear)* ¡Tú y tu Santa, cabrón! ¡De verás que le tienes fe! Pinche monje loco...

GUSTAVO: *(Ríe)* Ay canijo, “monje loco”, ya hasta me anda queriendo gustar ese pinche apodo...*(Le interrumpe la tos, esputo, sangre)*

MANCO: *(Pausa)* ¿Y tú qué vas a hacer con eso? *(Ahora Manco pone la mano en el hombro de Gustavo.)*

GUSTAVO: *(Pausa)* Pus morirme ¿No?... ¿Si no qué?

MANCO: No sé... ¿Por qué no le rezamos a la Niña? Chance y nos echa una mano...

GUSTAVO: *(Ve a Manco con complicidad y sonrío)* O nos anima pa’ llegarle de una buena vez ¿No?... *(Hace gesto de que se van a tirar a la calle).*

MANCO: *(Tomando en serio la propuesta)* ¿Entonces qué? ¿Neta? ¿Chupamos faros?

GUSTAVO: *(Convencido)* Pus sí, ya qué... pero antes nos chupamos un farito ¿Va? *(Ofreciéndole un cigarro)*

MANCO: *(Toma y le enciende el cigarro)* Okey, y tú te rayas con la última rayita ¿No?... digo, pa’ no desperdiciar...

GUSTAVO: Sale pues... que digan que nos fuimos rayados.

MANCO: ¡Que digan misa, cabrón!

Ríen. Fuman los dos en silencio viendo pensativos hacia la calle.

FIN DE ESCENA

LÍNEA UNO.
Arturo Quiroz

Personajes:

Carmen

Mauricio.

Parada del metro Observatorio. El último tren está a punto de salir. En frente, en el andén se encuentra Mauricio, asomándose para ver si llega el metro, no importándole sobrepasar la línea amarilla. Viene vestido de pants. Está jugando con algo que tiene en su bolsillo. En la otra mano, lleva un paquete envuelto. Es pequeño. Al fondo vemos una pareja despedirse. Llega el último metro y tanto Mauricio como la mujer (Carmen) suben al mismo vagón. Ambos se sientan en los reservados (que son los que van perpendicularmente a los asientos que vienen en pares. Estos últimos son los que los dividen). El metro comienza a avanzar. De cuando en cuando el metro abrirá sus puertas señalando que está llegando a las diferentes estaciones de la Línea 1.

Carmen: *(Empieza a sonar su teléfono celular)* Sí... ya voy para allá... ¿qué?... Ya te dije que estaba ocupada... ¡Carajo que no!... Ya no tardo... adiós... sí adiós. *(Cuelga)* Te odio pinche Mauricio, ¡cómo jodes, desgraciado!

Mauricio: *Voltea a mirar a Carmen, pero no le da importancia. Se acerca el paquete a su nariz y lo olfatea.*

Carmen: Disculpe... ¿me podría decir su hora?

Mauricio: ...

Pausa larga.

Carmen: *(molesta)* Gracias.

Mauricio: No traigo reloj.

Carmen: *(Vuelve a sonar su celular, no contesta)* ¡Ay Mauricio! Ya voy, ya voy.

Mauricio: *Voltea y observa a Carmen. La mira fijamente.*

Carmen: *(Se da cuenta de que es observada) ¿Qué?*

Mauricio: ¿Quién es Mauricio?

Carmen: ¿Qué le importa?

Mauricio: Yo también me llamo Mauricio... igual que su...

Carmen: ...

Mauricio: ¿amante? ¿esposo? Vamos... a veces es bueno compartir las cosas con alguien que nos escuche, ¿no?

Carmen: *(Suspira).*

Silencio.

Carmen: *(Dudando)* Mi esposo.

Mauricio: ¿El señor que la dejó en Observatorio?

Carmen: No. Él... él es sólo un amigo... que no veía desde hace mucho... pero al parecer alguien le informó a mi esposo de nuestro encuentro. Me va a matar

Mauricio: *(Asiente)* Ya.

Silencio.

Carmen: *(Mete la mano en el cuello de su blusa y saca una cadenita de oro con una virgen. Comienza a rezar).*

Mauricio: ¿Es usted religiosa?

Carmen: ¿Perdón?

Mauricio: Sólo es curiosidad. Normalmente todo mundo se aferra a algo en que creer. Todos tenemos una fe, algo en que creer, a veces inexplicable, pero tenemos algo, o alguien en quien confiar. Generalmente algo superior a nosotros, ¿no?

Carmen: S... sí, claro. *(Pausa)* ¿Usted también es católico?

Mauricio: No. *(Pausa)* Yo... yo creo en la sangre. Creo en el líquido vital que corre por nuestros cuerpos. En lo que representa. Cuando la veo, pienso en lo frágiles que somos, en lo bello de su color, ningún rojo es tan intenso como la sangre. ¿Sabe que nuestro cuerpo tiene alrededor de 5 litros de sangre? *(Carmen niega con la cabeza)* ¿Sabe cómo lo descubrieron? *(Carmen vuelve a negar)* Dejando a algún prisionero de guerra que se desangrara *(Ríe).*

Carmen: Es usted muy extraño.

Mauricio: ¿Usted cree? Mire este paquete. Aquí tengo un trozo de carne. Tranquila, es de res. Y huele a sangre, fresca. Y cuando se cocina, despide un olor delicioso.

Carmen: ¿Por qué me cuenta esto?

Mauricio: Porque le estoy explicando en lo que creo.

Carmen: Ya veo. Entonces... ¿sólo cree en eso? No cree ni en un Buda, Mahoma o Cristo.

Mauricio: Oh, bueno, tengo cierta afición por Jesucristo. De todos los profetas o panteones divinos, Él es el que habla mucho de la sangre, ¿sabe? Según el cristianismo, la sangre de Cristo es lo que limpia los pecados del mundo. Su sangre perfecta es lo que le permite al mundo estar cerca de Dios. Eso es maravilloso. Un sacrificio perfecto.

Carmen: ¿Entonces sí es católico?

Mauricio: ¡No! Sólo me gusta eso de Jesucristo. Su sangre.

Carmen: ¿Y qué hay de todo lo demás?

Mauricio: ¿Cuál todo lo demás?

Carmen: ¿Sólo cree en la sangre de Cristo?

Mauricio: ¿Se necesita algo más?

Carmen: Bueno, pues sí. Está la comunión, la...

Mauricio: Rituales, reglas preestablecidas para llegar al fenómeno enteógeno. Nada más muerto y sin sentido. Como viajar en el metro. ¿Ha visto que la mayoría de los pasajeros vanidos, pensando en quién sabe cuantas estupideces? Todos nos ignoramos unos a otros, a pesar de viajar en el mismo vagón y yendo hacia la misma dirección. Odio eso, por eso me gusta platicar con los que me acompañan en el camino. Yo voy para Gómez Farías y usted a...

Carmen: Pantitlán.

Mauricio: Lo ve. Cada quien seguirá con su vida, con su propia religión y no volveremos a vernos nunca más. Este es el único momento que el destino nos trazó, para juntarnos y platicar de nuestros avatares. (Pausa) Así que... en su religión... ¿se permite el adulterio?

Carmen: ¿Qué? Eso que tiene que ver con... ¡A usted que le importa!

Mauricio: Vamos, es sólo una pregunta. Falta mucho para llegar a nuestros destinos, no tenemos nada que hacer. Cuénteme.

Carmen: No. Eso no es correcto.

Mauricio: ¡Por favor! ¿Es correcto ponerle el cuerno a su marido, pero no es correcto contarle? *(Mauricio se levanta de su asiento y se acerca a Carmen. Ella se intimida)*

Carmen: Ok. Con la condición de que usted tendrá que confesarme algo también. Alguna infidelidad tal vez.

Mauricio: No soy casado.

Carmen: ¿Por qué no?

Mauricio: No quiero que alguien me espere en casa para reclamarme, gritarme y después mentirle diciendo que estaba trabajando cuando en realidad estaba con una amante en Observatorio. El matrimonio no es para mí, sólo para hipócritas.

Carmen: *(ella lo observa furiosa)*. Eso fue grosero.

Mauricio: Pero es verdad, ¿no?

Carmen: ¡Pero eso no le da derecho a hablarme así!

Mauricio: ¡Calma! No se altere, yo sólo saco mis propias conclusiones. Mauricio es su esposo. Y por lo que vi, la va a matar por llegar tarde. *(Saca la mano de su bolsillo y se observa un cuchillo, con el que corta un trozo de carne del paquete que trae. Se lo mete a la boca y empieza a masticar. Pausa)* Pero eso parecía no importarle mientras estaba con su viejo amigo.

Carmen: Julio, es sólo un excompañero de la preparatoria. Y... ¿come la carne cruda?

Mauricio sigue masticando.

Carmen: Guarde ese cuchillo por favor. Me pone nerviosa.

Mauricio: Claro. *(No lo hace)*

Carmen: Julio es... bueno... fue... fue mi novio en la preparatoria...

Mauricio: Y usted quiere revivir eso. Quiere estar con Julio porque le promete algo diferente. ¿Y por qué dejar a su esposo?

Carmen: Por... No. Olvídelo. No tiene caso hablar de esto. Es una tontería.

Mauricio: ¿No sabe? Ande, dígame que le sucede. Prometo contestarle lo que usted quiere escuchar.

Carmen: ¿Cómo?

Mauricio: Está saliendo con Julio, sin que su marido sepa.

Carmen: *(Se queda pensando)* Sí, pero...

Mauricio: *(Deteniéndola)* Ah! Ok.. Pero... debe haber una razón por la cual ya no esté satisfecha con Mauricio.

Carmen: Pues es que...

Mauricio: *(Exasperado)* ¡Conteste carajo! Está satisfecha con Mauricio, ¿sí o no?

Carmen: Pues... ¡Ah! ¡Déjeme en paz!

Mauricio: *(Se levanta de su asiento, amenazante)* ¡Cuénteme!

Carmen: Como decirle... Digamos que... me golpea.

Mauricio: Mmm. *(Se vuelve a sentar)*

Carmen: *(nerviosa)* Y pues... ya estoy harta. Y Julio... es tan distinto. Me quiere, me pide que me vaya con él... Que retomemos lo que dejamos hace tanto tiempo...

Mauricio: ¿Y luego?

Carmen: No es tan sencillo. Tengo un niño. Es lo único que me ha permitido aguantar a ese imbécil. Sólo por él sigo ahí.

Mauricio: ¿Y por qué la trata así?

Carmen: Quiere que sea su esclava, más que su esposa. Quiere que cuando regrese de trabajar, esté todo listo, a su disposición...

Mauricio: Hay mujeres que pueden hacerlo

Carmen: ¡No sea usted un imbécil!

Mauricio: Trato de comprenderlo todo. Recuerde que sólo estoy escuchando su versión de los hechos. Hay que ser lo más imparcial posible.

Carmen: Váyase al carajo.

Silencio.

Mauricio: No entiendo por qué aún sigue pensándolo. Julio le ofrece el cielo y las estrellas. Mauricio es un idiota que no sabe como tratarle

bien. Su niño, pues, puede llevárselo con usted. Váyanse lejos, no sé porqué sigue pensándolo

Carmen: No es tan sencillo...

Mauricio: Otra vez con lo mismo. ¡Deje de poner pretextos! ¿Quiere irse, sí o no? Deje de darle vueltas. Sólo tome una decisión.

Carmen: No puedo.

Mauricio: *(Exasperado)* ¿Qué piensa hacer entonces?

Carmen: Quisiera deshacerme de él.

Mauricio: ¿De quién?

Carmen: De Mauricio.

Mauricio: ¡Ay Señora!, usted ve muchas telenovelas. ¿Cómo piensa hacerlo? ¿Matándolo?

Carmen: Pues... sí.

Mauricio: ¿Y eso es mejor que divorciarse?

Carmen: *(Gritando)* Usted no entiende. Estoy harta de que me trate como si fuera su animal. Quiero vengarme.

Mauricio: Y sin embargo... sigue ahí. Vamos dígame qué es lo que le gustaría hacerle. Prometo no contárselo a nadie. Expúlselo, eso le hará bien.

Carmen: *(Agitada)* Quiero hacerlo sufrir. Quiero verlo retorcerse de dolor. Lo odio y quiero que pague, por todo lo que me ha hecho. Quiero mostrarle que puedo estar por encima, que puedo tener un futuro sin él, y que se de cuenta de que yo lo maté *(Pausa. Ella se queda pensativa)* Lo voy a envenenar y aún cuando se esté ahí restregando por el piso como gusano, voy a estar mirándolo. Y me reiré en su cara.

Mauricio: Ay señora, no cabe duda que la tele mata neuronas. ¿Cómo va a hacer todo eso sin que nadie se de cuenta? Y después de matarlo, ¿piensa salir huyendo y encontrarse con Julio para escaparse a una playa remota y empezar su vida de nuevo, sin que nadie la busque o sospeche de usted? Sea realista. ¿Por qué no contrata a alguien que lo haga por usted? Sería más rápido, más eficiente y más sencillo.

Carmen: ¿Y con quién voy? ¿Reviso el periódico a ver si encuentro algo en el Aviso Oportuno? No sea usted imbécil.

Mauricio: No hace falta. Usted llámelo Providencia. Yo le llamaré suerte. Pero... pues... yo podría hacerlo por usted. Yo podría matar a su esposo

Carmen: ¿Qué? ¿Usted? ¿Está loco?

Mauricio: Vamos, sería la primera vez que mato a alguien. Y sería por una causa justa. Para hacerla feliz

Carmen: ¿Por una causa justa? Lo siento, pero creo que ya hemos ido muy lejos con esta conversación. Con permiso. *(Se levanta asustada.)*

Mauricio: *(También levantándose)* No Carmen, si esto no fue mera casualidad. Mire, le conviene que de una vez me de permiso. ¿Por qué no me dice como localizo al otro Mauricio?

Se abren las puertas. Carmen se echa a correr. Mauricio corre tras ella, la alcanza y la inmoviliza amenazándola con la navaja. Busca en su bolso.

Mauricio: Por aquí debe estar la dirección de Mauricio...Mauricio, Mauricio, Mauricio que se regocija en la carne, Mauricio que juega con la sangre. Mauricio que busca vida para volverla en gloria. Para qué coger si la muerte ya de por sí es erótica.

Justo cuando Mauricio saca la credencial del bolso de Carmen, ésta logra arrebatarse la navaja y se la entierra. Mauricio cae.

Carmen: Maldito depravado. Tenías razón, nada es casualidad. Al menos tenía que echarme a un Mauricio, ¿qué no? *(lo besa en la mejilla y sale).*

Pausa larga. Mauricio se incorpora con dificultad. En la mano tiene la credencial que le quitó a la mujer. La ve y una sonrisa se forma en su boca.

Oscuro.

ESCENAS SIMULTÁNEAS E INTERMITENTES A LO LARGO DE LA ÚLTIMA ESCENA

En la calle frente al bar El Olvido:

Arturo y Marta beben cerveza en silencio. Después de un tiempo Marta le ofrece coca a Arturo, pero este la rechaza. Ella insiste hasta que lo convence. Esnifan. Él le muestra una cámara fotográfica. Ambos la ven detenidamente. Juegan con ella. Arturo le propone tomarle algunas fotos. Ella lo rechaza y le quita la cámara. Pasado un tiempo ella esnifa coca nuevamente y le regresa la cámara. Arturo le toma fotos. Después ella se arrepiente y le trata de arrebatar la cámara. Forcejean. Luchan hasta que ella se la quita y sale corriendo.

En otro espacio

Natalia rodea una tumba, camina despacio, lleva consigo tulipanes rosas y morados. Tiene puesto el sombrero de Gustavo. Se quita las botas de lluvia para quedar descalza. Coloca las flores en el florero. Trae una botella de agua para beber y les echa un poco de agua. Se sienta. Observa la lápida. Bebe agua. Se arregla el plástico que tiene puesto en su abdomen. Al final coloca sobre la lápida el sombrero de Gustavo y sale.

En otro espacio

Marlene está sentada en una silla de ruedas viendo revistas sobre caballos. Escoge fotos. Arranca las páginas de varias revistas. Revisa las fotos seleccionadas. Sádicamente, las va rompiendo una a una. Está llena de amargura.